

Inmortal: el caso de Renzo Bel

Ricardo Alberto Linares Martagón

Tutor autónomo del idioma inglés

Los siguientes documentos llegaron a mí hace varios años a través de un remitente anónimo. Después de un largo y exhaustivo proceso de convencimiento, mi editor por fin me dio luz verde para publicarlos en esta columna.

A pesar de la existencia comprobable del procurador Valente Domínguez (1927-1986), la veracidad de dichos documentos aún no ha sido corroborada, por lo que exhorto a mis lectores a escribirme a mi correo o a la dirección del periódico, si es que alguno posee información pertinente al respecto.

Carta del agente especial Rogelio Tapia al procurador Valente Domínguez:

Lic. Valente Domínguez

Procurador General de Justicia del Estado de Veracruz

Por medio de la presente, me dirijo a usted con total respeto y admiración para pedirle que, más allá de sus servicios y jurisdicción, haga caso a mi solicitud en calidad de amigo.

Con el afán de no quitarle mucho de su valioso tiempo, procederé a describir las razones y los eventos por los que he decidido ponerme en contacto con usted.

El sábado 31 de octubre del año en curso (1983), recibí una inesperada carta de parte de la señora Marta, viuda de Bel. En la misma me pedía que nos reuníramos a la brevedad posible, por lo que me citaba las 10 de la mañana del 2 de noviembre, es decir, el lunes en el café de La Parroquia, ubicado en la calle Zaragoza de esta ciudad.

Debo decir que recibí la carta con cierta desconfianza, pues la señora y yo nunca habíamos tenido ninguna correspondencia de este tipo; empero, la rúbrica de su puño y letra, así como la urgencia en sus

palabras, me hizo aceptar su llamado como legítimo. Como usted bien sabe, el detective Renzo Bel fue mi mentor, por lo que me sentía más que obligado a honrar su petición.

Cabe señalar que, cuando le pedí a la Sra. Bel que me dejara contactarlo para solicitar su apoyo en el caso, con sorpresa me enteré de que ella ignoraba que hubiera una amistad entre usted y el detective; no obstante, dijo que usted le parecía un hombre derecho y que además confiaba en mi juicio.

Ahora bien, aunque usted conoce a fondo los pormenores del caso Bel, por propósitos de seguridad, voy a estipular, de manera sucinta, lo ocurrido con el detective hace poco más de un año:

El detective Bel desapareció en septiembre del año pasado (1982), mientras trabajaba en el caso de La Pluma Verde, en el cual, humildemente, yo le asistía. La noche en que yo, se podría decir, resolví el caso —aunque bajo ninguna circunstancia debe atribuirseme dicho triunfo, pues la única razón por la que llegamos a la ineludible instancia de atrapar al ladrón fue gracias a la perspicacia del gran Renzo Bel—, el detective no se presentó, y a partir de ahí no se volvió a saber de él. Hasta ahora.

Sucede entonces, Sr. Procurador, que ha aparecido una carta (que adjunto), presuntamente escrita por el mismo detective Bel.

Una vez que haya estudiado todo, le pido me contacte para reunirnos. Creo que, si el detective Bel de verdad está vivo, usted y yo deberíamos ser quienes den con su paradero.

Esto, bien, bajo el supuesto de que el detective Bel realmente quisiera ser encontrado y sólo esté expresando lo contrario porque se encuentre en peligro. Bueno, pero no quisiera precipitarme a sacar conclusiones sin antes tener su valiosa opinión en el caso.

En cuanto al resto del contenido de la carta, no dudo que al igual que yo, usted la va a encontrar de lo más surreal. Después de leerla me he dado a la tarea de investigar a fondo sobre los hechos que describe y, con temor, he comprobado que son ciertos. Es decir, todo lo que ahí se relata sucedió y los objetos que menciona también son reales.

Sin más que agregar por el momento, quedo en espera de su pronta y positiva respuesta.

Cordialmente,

Rogelio Tapia A.E.

Carta del detective Renzo Bel a su esposa Marta de Bel:

Marta:

Espero que mis palabras no te causen más dolor del que ya te he provocado.

Nunca fui un buen esposo, ni siquiera un buen amante. Lo sé. Pero siempre te fui leal, de eso puedes estar segura y yo orgulloso.

Sé que te debo una disculpa muy grande por la manera tan abrupta en la que salí de tu vida y la de Blanquita. Perdóñenme, si es que encuentran la fuerza en su corazón para hacerlo. Si no, sé que habré cosechado lo que siempre sembré, y por eso me arrepiento ahora, pero no puedo hacer nada más.

La historia que a continuación te voy a contar —porque nunca tuve el valor de decírtelo en persona— explica un poco por qué soy como soy y por qué desaparecí de sus vidas. Espero puedes entenderme, pero, sobre todo, espero que mis palabras te den la tranquilidad necesaria para seguir con tu vida.

Dale un beso muy grande a mi hija de mi parte y, si fueses tan benévola, como sé que lo eres, dile que su padre siempre intentó ser eso: un padre, pero que nunca lo consiguió.

Ahora, Marta, mi Martita, léeme con mucha atención, por favor: la pequeña casa donde viví con mis padres cuando era niño ocupa, sin lugar a duda, el lugar más tenebroso de todos en mi vida. Se encontraba dentro de una pequeña vecindad, cerca del centro de la ciudad.

De las seis familias que vivieron ahí al mismo tiempo, en un período de aproximadamente un año, cuatro de ellas perdieron a un ser querido. Al principio, se pensó que las muertes no estaban relacionadas en lo absoluto y que todo había sido causa del fatal destino. Eso estaba bien para los que preferían la certidumbre de la ignorancia, pero no para otros como yo.

Gracias a la claridad que el paso del tiempo provee, pronto entendí que todo había comenzado cuando Pablo y Verónica llegaron a vivir a la vecindad. Eran dos hermanos, aunque a primera instancia en nada se parecían. Él era de tez clara y ella muy morena, provenientes del sur del estado; estaban en busca de una mejor vida. Trabajaban de sol a sol y los domingos salían desde temprano, por lo que nunca nadie los veía, si acaso cuando uno los topaba al entrar o al salir de la vecindad, nada más.

Una tarde cualquiera de un día entre semana, tan sólo unos días después de que ellos llegaron a vivir ahí, Marta, el terror finalmente se desató; la familia Salas, una familia típica nuclear, conformada por el matrimonio de David y Miriam, y sus tres hijos: Abel, Azael y Alma, conocerían la tragedia por primera vez en sus vidas. Sucedío que, esa tarde, mientras Alma jugaba sola en el patio, justo frente a la casa de Pablo y Verónica, la niña se desvaneció de repente. Fue don Víctor, un viejo de casi noventa años, de los primeros que había llegado a vivir a la vecindad, el único que se percató, aunque muy tarde, de que la niña yacía tendida en el suelo, inerte. Días después se supo que la niña había sufrido un aneurisma cerebral.

Fue así como la muerte había llegado a la vecindad en donde yo vivía, cuando apenas tenía 11 años.

El tiempo transcurrió, y para cuando la familia Salas y todos los demás apenas salíamos del doloroso encuentro con la muerte, ésta hizo su segunda aparición tan sólo unos meses después.

Una bonita mañana, mi madre salió de prisa de la casa, aterrizada por los gritos desgarradores de doña Soraya, la esposa de don Víctor, quien lo había hallado muerto sentado en su mecedora afuera de su casa.

Como era lógico pensar, la muerte de don Víctor, aunque dolorosa, no portaba los mismos tintes de tragedia que la de Alma, una niña de 9 años; sin embargo, sí calaba hondo, porque don Víctor era querido y respetado por todos. No había situación que no se decidiera sin su opinión.

La causa de su muerte, cabe mencionar, se determinó como natural. A partir de ahí, se empezó a decir que la muerte definitivamente andaba suelta en la vecindad, por lo que mi madre sugirió que el padre Matías, quien daba misa en la iglesia de San Martín, a las que nosotros siempre acudíamos todos los domingos, viniera a bendecir nuestros hogares. Todos estuvieron de acuerdo. Se abrirían las puertas de todos los departamentos y se le permitiría al padre bendecir todos y cada uno de los rincones de la vecindad.

Fue así, durante este proyecto, que Pablo y Verónica comenzaron a actuar muy peculiarmente: por principio, se negaron a aceptar la ayuda del padre Matías, alegando que no eran creyentes y que, por lo tanto, no veían necesaria la intrusión de un desconocido en sus vidas privadas.

Esto, a la mayoría, les pareció no sólo de mal gusto sino bastante indignante también. Todos ahí éramos creyentes y nos sentíamos más unidos que nunca, por lo que un desaire así no hizo más que poner a Pablo y Verónica dentro del ojo del escarnio de toda la vecindad.

Yo, sin embargo –y he aquí de disculparme si es que peco de narciso, tal vez, pero es que, no muchos años después, me di cuenta que siempre había tenido un sentido más que los demás para ver más allá–, no me tragué el cuento de que no eran creyentes. A mí, desde el primer instante, me pareció que se habían negado porque escondían algo.

Aunque en ese momento opté por quedarme callado, pues un comentario como ese, a mi edad, con seguridad hubiese sido tachado de chiflado, fantasías de un niño, etc., lo que sí hice, no obstante, fue empezar a observar a Pablo y a Verónica más de cerca. O al menos eso me prometí. Si bien, a decir verdad, no pasó mucho tiempo antes de que me olvidara de ellos y los sustituyera por las inexorables ocupaciones de mi vida de niño como la escuela, la tarea, el fútbol, los amigos, y las historias de detectives. Creo que a todos nos ocurrió algo similar: nos olvidamos un poco de ellos y de todo, pero sólo hasta que la muerte hizo su aparición por tercera vez en el mismo año.

Esta vez se trató de mi tío, quien vivía con su familia en otro de los seis departamentos. Un día, mientras él se encontraba barriendo afuera de su casa, mi tía, su esposa, escuchó una commoción proveniente del patio. Cuando salió a ver de qué se trataba, se encontró con que mi tío yacía en el suelo, muerto; había sufrido un paro cardiorrespiratorio. La noticia se recibió con tristeza, pero con entendimiento: mi tío tenía 84 años y toda su vida había fumado.

Lo velamos, enterramos y guardamos su luto. Al poco tiempo después, la vida en la vecindad continuó como si nada hubiese pasado nunca. Excepto que yo me sentía fastidiado, un tanto indignado con el desinterés, o por decirlo de otra forma menos clemente, la casi inexistente curiosidad de los demás sobre todo lo que había ocurrido.

Fue en uno de esos momentos de asfixiante desasosiego, que le mencioné a mi madre si se había percatado de que las tres muertes habían sucedido justo frente a la casa de Pablo y Verónica. Como era de esperarse, me dijo que no se acordaba y que, aun si fuera cierto, un hecho así no tenía importancia porque estaba comprobado que los tres habían muerto por determinadas causas específicas y naturales. Y sí, en esto último tenía razón, pero en cuanto a que el lugar de las tres muer-



La emperatriz, Samanta Macías

tes no tuviera importancia, a mí no me convencía para nada. Había algo en esa casa, estaba casi seguro. Algo que me atraía, me seducía.

Aturdido por estos pensamientos y, diría yo que impulsado en igual o mayor medida, tal vez, por una obsesión detectivesca aún en ciernes por las historias de *Sherlock Holmes*, *Lupin*, *Hércules Poirot*, *Lecoq*, *Dupin* y todos esos increíbles detectives que había empezado a admirar e imitar, me enfrasqué en una búsqueda por la verdad. Debía averiguar qué había detrás de la normalidad tan anormal que Pablo y Verónica presentaban.

Un día por la mañana, me levanté muy temprano, y mientras mi padre se bañaba, me escabullí hacia afuera. La noche anterior me había hecho de un pasador negro –de esos que usaba mi madre para sujetar su cabello– y un alambre. Con tales aparejos, intentaría abrir la cerradura de la puerta de la casa de los supuestos hermanos. Tiempo atrás, mi papá me había enseñado a hacer esto, una vez que se hartó de abrirme la puerta de mi cuarto cuando por enésima vez la había dejado con seguro y olvidado la llave adentro.

En medio de un precario jardín que había al fondo de la vecindad, agazapado tras un árbol, esperé atento a que Pablo y Verónica salieran de la vecindad. A las 6:45 de la mañana, como todos los días, los vi salir por la puerta principal. Dejé pasar unos minutos más y, cuando me sentí seguro de que no volverían, me escurrí de prisa hacia su casa.

Introduje el alambre y el pasador en la cerradura, y los manipulé con una destreza digna de *Arsène Lupin*. Cuando escuché ese maravilloso sonido de *click*, no pude evitar sonreír. Lentamente abrí y me metí, y tuve mucho cuidado de dejar la puerta entrecerrada. Con paso firme pero cauteloso, me adentré en la casa.

Para mi ojo todavía poco entrenado, todo parecía bastante normal –ni siquiera reparé, en ese momento, en el hecho de que sólo hubiera una cama matrimonial–, o debo decir, casi todo, excepto por un ropero muy grande cerrado con un grueso y viejo candado.

Volví a sacar mis aparejos y de nuevo me puse manos a la obra. El candado hizo *click* rápidamente y yo sentí un insólito orgullo; dicha exaltación rápido se convirtió en pavor.

Al abrir las puertas del ropero, lo primero que percibí fue un repugnante olor que, en ese instante, sólo pude comparar con heces fecales. El hedor me pegó tan de lleno que, involuntariamente, me

eché para atrás. Fue en ese minúsculo descuido, cuando quité las manos de las portezuelas, que una sombra se abalanzó sobre mí, arrojándome al suelo.

Cuando abrí los ojos, la sombra cobró forma: la de un hombre muy pequeño, raquíntico, de huesos duros, piel morena y áspera, dientes horrendos, sucios, casi negros, y mirada también negra, profunda y penetrante. Vestía unos harapos malolientes y de su boca exhalaba un aliento pútrido que me revolvió el estómago.

Mientras manoteaba y le gritaba que me dejara, empecé a distinguir lo que decía; lo repetía como si eso fuese lo único que supiera decir: "...hambre, tengo hambre, tengo hambre..." .

El pánico, entonces, se apoderó de mí. Grité por ayuda, pero nadie acudió a socorrerme (no fue sino hasta mucho tiempo después que comprendí que sólo imaginé gritar, pero que en realidad ningún sonido salió de mi boca. El miedo, aprendería, desestabiliza el raciocinio, desconecta el cerebro, pero no del todo la conciencia).

Esto si no sé cómo lo hice, pero de alguna manera conseguí quitármelo de encima. Logré ponerme de pie y entonces descubrí que era aún más bajo que yo: estaba encorvado y su aspecto era tenebrosamente senil.

Le pregunté quién era y me respondió que el *Miquiztli*¹.

No entendí lo que me quiso decir, pero el hacerlo hablar me ayudó a distraerlo. Lentamente, me fue haciendo para atrás; mi plan era salir corriendo de ahí en cuanto me diera una oportunidad.

—Soy el *Miquiztli* —pronunció en una voz aguda pero enronquecida— y tengo que comer.

Hizo por acercarse a mí de nuevo, pero me eché a correr. Abrí la puerta de un jalón y me aventé hacia el patio de la vecindad. Por un segundo pensé que me había atrapado, pero cuando volteé la cabeza, me di cuenta de que estaba de pie en el umbral de la puerta. Advertí entonces que el sol le molestaba.

Me puse de pie y le dije que iba a ir por mi madre. Me gruñó y luego cerró la puerta de golpe.

Corré a mi casa. Mi padre estaba por salir para ir a su trabajo. Me vio sudoroso, pálido, a punto de llorar.

—¿Qué te pasó? —Me preguntó.

¹Muerte en Náhuatl.

—Vi algo horrible en el 133, la casa de Pablo y Verónica.

—¿Qué hacías ahí?, ¿qué viste?

—Un hombre pequeño, muy feo.

—¿Qué dices? Deja de estar inventando y vete a bañar que se te va a hacer tarde —dijo irritado y luego salió de prisa.

Acudí en busca de mi madre, que ahora se encontraba bañándose. Esperé afuera del baño y en cuánto salió le dije todo, sin reparos.

Sorpresivamente, me creyó (tiempo después recordé que ella siempre pensó que Pablo y Verónica eran “raros”). Se vistió rápido y me dijo que fuéramos por el padre Matías y luego a la policía.

Gracias a la venia del padre Matías, logramos que la policía accediera a mandar dos oficiales a revisar el lugar. Desafortunadamente, no pudieron hacer mucho hasta varias horas después, cuando Pablo y Verónica regresaron de trabajar.

En la entrada los interceptaron y, a base de tácticas de amedrentación, que tal vez no eran tan legales como efectivas, les obligaron a mostrarles el interior de su vivienda. Cuando los dos se percataron que la casa estaba en desorden, intentaron ampararse alegando que el allanamiento de morada iba contra la ley; sin embargo, cuando la mirada de Pablo advirtió que el ropero estaba sin candado se olvidó de los reclamos y corrió hacia éste. Verónica hizo lo mismo.

Desde el interior del armario se percibía un sonido tenue, como el de un ratón rumiando. Los hermanos se percataron de esto y rápidamente se pusieron de espaldas contra el ropero.

—Está ahí adentro —dije débilmente.

—Es mi padre —dijo Pablo—. Por favor, déjenlo en paz.

—Está muy viejo y enfermo —agregó Verónica.

—Háganse a un lado —dijo uno de los oficiales, pero ni Pablo ni Verónica se movieron.

—¿No escucharon? —dijo el otro oficial, sacando su pistola.

Mi madre se asustó al ver el arma, puso su brazo frente a mí y me echó para atrás.

De pronto, el ropero se abrió de par en par, golpeando a Pablo y Verónica. Los policías suspiraron de miedo, mi madre ahogó un grito y se llevó las manos a la boca, mientras que el padre extendía su brazo: en su mano derecha sostenía con fuerza un crucifijo.

Ahí estaba el hombrecillo frente a nosotros. Ahora que lo veía otra vez, con la seguridad que la protección de todos me brindaba, lo

observé mejor y su aspecto me pareció incluso más terrorífico. Gruñía y amagaba con rasguñarnos utilizando sus largas y asquerosas uñas, pero ahora su respiración se entrecortaba, resollaba como si se estuviera quedando sin aire.

Los policías se movieron para aprehenderlo, pero Pablo y Verónica se pararon delante de él para protegerlo. Verónica hizo un súbito movimiento y de su espalda sacó una pistola, Pablo hizo lo mismo.

Ahora los dos apuntaban sus armas a los oficiales y éstos a ellos.

Entretanto, el padre rezaba y mi madre me cubría con su cuerpo.

—No queremos hacerle daño a nadie —empezó a decir Pablo—. Sólo váyanse y déjennos tranquilos.

—Si nos dejan en paz, nos iremos de aquí —añadió Verónica.

—Déjenlos que se vayan —dijo mi madre a los oficiales.

Los policías, sin embargo, no cedían un centímetro; tampoco Pablo y Verónica. Había miedo disfrazado de coraje en los ojos de todos, parecía que el vencedor sería el que más aplomo tuviera, pero por las miradas malignas e inalterables de Pablo y Verónica, supuse que éstos terminarían saliéndose con la suya.

De pronto el hombre empezó a toser. Primero levemente, pero enseguida empezó a convulsionarse hasta doblarse de dolor. Pablo y Verónica automáticamente quisieron auxiliarlo y entonces la policía se abalanzó sobre ellos. Con pericia, uno despojó a Verónica de su arma, mientras el otro forcejeaba con Pablo...

Una sonora detonación pareció detener el tiempo y, por una fracción de segundo, todos nos volteamos a ver desconcertados: ¿quién fue?, ¿a quién le dieron?

Mi madre me palpó el cuerpo desesperadamente para asegurarse de que no estuviera herido.

—Estoy bien —le dije—. ¿Tú?

—También. ¿Padre?

—Estoy bien.

Entonces Verónica dejó escapar un doloroso alarido. Su padre estaba herido. Una bala proveniente de la pistola de Pablo le había dado en el estómago. En los brazos de ambos hijos, el cuerpo, lánguido y encogido del hombrecillo, parecía aún más pequeño y grotesco.

Los oficiales amagaron con proseguir con el arresto, pero el padre Matías los detuvo; era evidente que el hombre estaba muriendo.

Los oficiales se contuvieron, se dijeron algo entre ellos, y luego uno salió de prisa de la casa.

Al poco rato llegaron más policías, y Pablo y Verónica finalmente fueron arrestados. Al hombre se lo llevó una ambulancia, pero antes de llegar al hospital fue declarado muerto.

Esa, Marta, sería la cuarta y última muerte dentro de esa vecindad, que hace no mucho tiempo fue demolida. En su lugar, hay ahora un supermercado.

Durante los siguientes meses, se podría decir que vivimos en paz, pero un tanto insatisfechos con la falta de respuestas por parte de las autoridades. Cuando había pasado ya un año desde el incidente, el padre Matías apareció un día en nuestra casa.

A través de sus palabras, nos enteramos de todo lo que había detrás de la aparición y muerte de ese extraño hombre.

Antes de relatarnos la escabrosa historia, el padre hizo una oración y pidió que lo que a continuación iba a decirnos, no se lo podríamos contar nunca a nadie más, pues no veía propósito alguno en seguir “esparciendo el mal”.

Quisiera abrir un paréntesis aquí, Marta, para disculparme con el padre, Q.E.P.D, por romper la promesa que le hice, pero he llegado a una encrucijada en mi vida y creo que es justo y necesario soltar por fin esta carga aquí y ahora.

Lo que nos contó el padre Matías aquel día cambiaría mi vida para siempre.

Pablo y Verónica eran en realidad cabecillas del culto satánico más extremo y longevo del país, *Ecce Homo Realis*, y el pequeño y horripilante hombre sí era, en realidad, su padre y se calcula que tenía aproximadamente 140 años cuando yo lo conocí. Era un brujo, procedente de la provincia de Catemaco, Veracruz, quien presuntamente había logrado alcanzar esa edad mediante la incorporación del espíritu de todas las personas a las que había matado.

Se descubrió, asimismo, que la forma en la que operaban estos tres individuos era que después de matar repetidamente en cierto lugar, al poco rato se mudaban a otro. Pasando así, menos de un año en cada sitio. Estos lugares se caracterizaban por tener gente muy enferma, lo cual creaba la perfecta distracción, pues siempre se acababa por deter-

minar que dichas personas habían muerto por enfermedades o causas naturales, como la edad avanzada.

Lo más escalofriante de todo era la manera en la que el viejo brujo se apoderaba de la poca vida que a los otros les quedaba. De esto se decía que, a través de la imitación de voces familiares, el brujo atraía a sus víctimas y, una vez que éstas se acercaban, las miraba directamente a los ojos y pronunciaba un malévolos encantamiento que les causaba desequilibrio, desorientación y, típicamente, la muerte. De esta manera, cuando el espíritu, aún desorientado, abandonaba abruptamente el cuerpo, el brujo lo atrapaba y absorbía, alargando de esta forma su vida.

Todo esto, por inverosímil que parezca, Marta, nos recalcó el padre Matías, estaba plasmado en letra en un viejo libro que las autoridades confiscaron y que le mostraron a él con la intención de confirmar su veracidad. El libro se llamaba *La Inmortalidad de la Muerte* y contenía una extensa lista de conjuros, hechizos y rituales satánicos de origen totalmente desconocido. En esto hizo, recuerdo bien, especial hincapié el padre Matías, ya que le pidió a mi madre que se asegurara de que yo, su hijo, nunca tuviese nada que ver con las prácticas de un libro como ese.

Mi madre le juró que mientras le quedara vida, nunca permitiría que yo me acercara a una cosa tan perversa como esa.

Lo más probable, Marta, mi Martita, es que hasta aquí aún no entiendas mucho, o tal vez nada, de lo que esto tiene que ver con mi desaparición, por lo que, en lo sucesivo, seré totalmente claro y directo: hace más de 60 años que mi madre dejó este mundo (igualmente el padre Matías), y mi papá hace casi 80. Lo que quiere decir, si haces uso de la aritmética elemental, que yo, en realidad, estoy cerca de cumplir los 125 años y, si tu memoria sigue tan excelsa como siempre, déjame entonces hacerte esta pregunta: ¿recuerdas haberme visto enfermo alguna vez? Desde los 25 no he vuelto a saber lo que es estar enfermo, de hecho, continúo estando bastante lúcido y fuerte, tengo el mismo vigor que en mis 30 y la misma sapiencia que en mis 50.

Te preguntarás cómo es eso posible. Bueno, permíteme explicarte: tiempo después de toda esa historia que acabo de poner en papel, cuando cumplí los 18 años y me fui a estudiar al extranjero, muchos años antes de conocerte, Marta, empecé a relacionarme con cierta gente de inclinaciones poco ortodoxas, por así decirlo. Fue a través de estas personas que ese ejemplar tan excepcional del que hablaba el padre Matías —que, en este preciso instante, mientras escribo esto,

tengo frente a mí, tan bien preservado como en ese entonces—, llegó a mis manos.

La manera en cómo lo adquirí y por encima de quiénes tuve que pasar —quizás más penosamente de lo que hubiese querido— para llegar a él, es historia para otra ocasión, más específicamente para cuando congregue el valor suficiente para ser cien por ciento sincero contigo. Por ahora, espero que todo esto que te estoy diciendo satisfaga tu curiosidad y acabe con tu incertidumbre.

Agregaré, no obstante, que desde que obtuve el libro e hice uso de sus poderes por primera vez, jamás he vuelto a lastimar a nadie más. Asimismo, que quede claro que no soy ningún *Miquiztli*, como aquel viejo de visión constreñida y vulgar. El uso que yo le he dado, por el contrario, ha sido sólo para beneficio propio y de la justicia nada más. Por lo tanto, si esto llegase a salir a la luz, y fuese considerado merecedor de un apelativo, sugiero algo positivo, quizás algo relacionado con aquellos detectives de papel que tanto amaba de niño: ¿qué te parece algo así como “Renzo Bel, el *Poirot Mexicano*

Perdón si a ratos parezco indolente hacia ustedes en mi relato, sólo intento que esto no sea más doloroso para nadie.

Por último, debo pedirte una cosa más: NO ME BUSQUES. Ni tú, ni Rogelio, ni Valente, ni mucho menos Blanquita. Sé muy bien que al mandarte esto me estoy arriesgando a que se inicie una búsqueda implacable, pero por favor no lo hagan, por el bien de todos necesito alejarme. Temo que, si hubiésemos de encontrarnos otra vez, podría hacerles daño. Las quiero.

Sinceramente,
Renzo B.